

*«Palabras exactas como disparos, acuñadas con el esmero  
de un artesano y talladas con la pericia de un joyero minucioso.»*  
ARTURO PÉREZ-REVERTE

# NOCHE *de* TAHÚRES

## RAÚL DEL POZO



El cadáver del moro Muza, un chulo de putas, traficante y prestamista, aparece en la verja de su chalet con la garganta rajada. Un policía joven e inexperto —en el argot, un periquito— y su experimentado y enigmático compañero de investigación intentan desvelar el motivo de su asesinato y, poco a poco, se sumergen en un inframundo regido por los códigos, los símbolos y las sinrazones del juego. A través de una tensa intriga enmarañada por una serie de oscuros personajes duchos en la “ciencia de Vilhán”, con un ritmo que imanta y, sobre todo, con una prosa precisa, cruda y magistral —la obra figura hoy entre las fuentes documentales que la RAE utiliza para trabajar con la jerga del mundo del juego—, Raúl del Pozo se hizo oficialmente novelista en 1994 con este libro, *Noche de tahúres*, que se recupera en el 25 aniversario de su publicación. Este apasionante viaje al fin de un averno regido por burlangas, truhanes, asesinos y mujeres fatales no dejará indemne al lector que apueste por él.

## Índice de contenido

Cubierta

Noche de tahúres

Palabras barajadas como naipes

La versión española de «El jugador»

Primera parte

Víboras del Gabón

Una bola de sebo, según Anneo

Acelgas sin sal y lubina

Un banco en Tánger

La bola dibuja su cábala

Vilhan, el demonio

Los buenos chicos de Kentucky

Aroma de almizcle

Peristas y ladrones

Un pequeño serrallo

Un tahúr

Las arañas del Caribe

Un hombre extranjero

El símbolo del himeneo

Segunda parte

La testigo principal

La partida

El alfanje y la herradura

Un encuentro en el aeropuerto

Epílogo. El galope de la escritura

## Sobre el autor

*A Tito Fernández.  
Y a Manuel Vicent.*

*La vida que hay en nosotros no es obra del azar. La palabra azar carece de sentido y fue inventada para expresar la ignorancia de la humanidad sobre ciertas cosas.*

## ***Palabras barajadas como naipes***

Conocí a Raúl del Pozo en 1973, en el diario *Pueblo*, donde ya entonces se había labrado a pulso y en pocos años, desde la nada y sin otra ayuda que su talento, una fama firme de reportero brillante, columnista finísimo y escritor notable. Aquella fama incluía también otras facultades y habilidades que, sin pertenecer directamente al ámbito de nuestra profesión, le permitían ejercerla con singular eficacia: era guapo, era simpático, era buena persona, tenía amigos hasta en el infierno y se movía como pez en el agua por el Madrid golfo y canalla en el que con tanto aprovechamiento podía abreviar en esa época un periodista despierto, con hambre de vida y oficio.

En aquel diario irreplicable que fue *Pueblo*, de agresivos titulares, fotos espectaculares en primera página y gran tirada, se daba cita, junto a Raúl, casi todo lo mejor que en ese momento tenía el periodismo español: José María García, Tico Medina, Yale, Juan Pla, Miguel Ors, Alfredo Marquerie, Vasco Cardoso, Pilar Narvió, Manolo Marlasca, Carmen Rigalt, Julio Camarero, Rosa Villacastín, José Ramón Zabala, Manolo Cruz, Antonio Casado, Juana Biarnés, Julia Navarro, Gurriarán, Julio Merino, Paco Cercadillo, Pepe Molleda, Vicente Talón, Raúl Cancio, Chema Pérez Castro, Fernando Latorre y otros cuya nómina interminable no cabe en este prólogo pero que, dicho en corto, incluía a muchos de los mejores periodistas de España.

Todos ellos eran profesionales de élite, capaces de enganchar con un titular y una entradilla a cientos de miles de lectores. Eran príncipes y princesas de la redacción. Aristó-

cratas del oficio. Y en aquel diario mítico, entonces el más famoso y leído, donde firmar en primera página —a los pazguatos de ahora les ha dado por llamarla portada— era literalmente tocar la gloria, algunos aprendimos cuanto podía aprenderse de ese tiempo dorado, cuando en las redacciones aún había periodistas de raza y fotógrafos y reporteros de leyenda; esos a los que deseabas, con toda tu alma, emular y parecerte. Y más en un diario como aquel, poblado por una cuadrilla de desalmados de ambos sexos, de formidables cazadores de noticias, de depredadores rápidos, implacables y geniales, capaces de jugarse a las cartas, al cierre de la edición, la nómina del mes cobrada horas antes, dormir la borrachera de ese día tirados en el sofá del pasillo, mentir, trampear, disfrazarse, dar sablazos a los colegas, engañar a los compañeros para llegar antes al objetivo, robar de casa del muerto la foto con marco de plata incluido, vender a la madre o la hermana propias a cambio de obtener una sonora exclusiva. De reírse, en fin, del mundo y de la madre que los parió, con la única excepción del sagrado titular en primera página.

En aquel mundo palpitante que se reinventaba a sí mismo cada día empezando de cero, en aquel gozoso campo de batalla con hilo musical de teletipos y tableteo de Olivettis, aromatizado de olor a papel y tinta fresca, Raúl del Pozo vivió, como confiesa él mismo, los años más felices de su vida. Y me es fácil creerlo, pues a mí me sucedió exactamente lo mismo. Ahora, tanto tiempo después, él y yo cenamos con cierta frecuencia con algunos amigos más jóvenes —nuestras famosas cenas en Lucio con Antonio Lucas, David Gistau, Manuel Jabois y Edu Galán—; y no hay una sola noche en la que no acabemos hablando de *Pueblo*, ni en la que nuestros comensales no terminen escuchando, fascinados, el hilo de memoria que, con palabras e imágenes tan admirables como su prosa, Raúl desgrana para ellos, para nosotros, para él. Y cada vez, al llegar a ese punto, se le apicara la sonrisa. Los ojos se le velan de feliz me-

lancolía, y los nombres, los lugares que amueblaron su existencia dilatada y variopinta reviven de modo mágico en sus recuerdos.

De aquel tiempo, de aquella vida, Raúl se llenó los bolsillos de personajes y palabras. Con todo ello ejerció el oficio, y así lo sigue haciendo. Su formidable capacidad para la descripción, la imagen, el hallazgo del término justo o la metáfora definitiva y contundente se mantienen, no solo intactos, sino afinados con los años y el oficio. Siempre fue el suyo, sobre todo, un oído prodigioso, capaz de capturar lo exterior y barajarlo con pasmosa naturalidad, como el tahúr que mueve los naipes sobre un tapete. Y esa palabra, *tahúr*, no es en absoluto casual, como tampoco lo es que figure en el título de esta novela que ahora, veinticinco años después de su publicación, es reeditaba con todos los honores. En 1994, Raúl vació en ella con extrema brillantez lo que la vida golfa y nocturna, la de los garitos, casinos y burlangas que llegó a conocer tan bien, le había dejado en la cabeza y en los dedos que ametrallaban la máquina de escribir: palabras exactas como disparos, acuñadas con el esmero de un artesano y talladas con la pericia de un joyero minucioso. Hay en la novela huella indudable de buenas lecturas sobre el mundo del juego y sus protagonistas, el azar de la ruleta o los naipes y las pasiones que los acompañan; pero hay, sobre todo, una veta áurea personal hecha de vida, contada no desde la frialdad de un observador externo sino con la evidencia de que circuló antes por las venas y las entrañas de su autor. Quien escribe *mientras la bola dibuja su cábala en la madera de colores y números en el último salto, en la mirada del jugador se dibuja toda la angustia*, sabe muy bien de qué habla.

Y sobre todo, las palabras: el verdadero botín de la vida del autor. Y no solo las leídas y las escuchadas, capturadas al paso con la presteza del carterista rápido, sino también las forjadas por él mismo, y en especial la formidable combinación expresiva de unas y otras. *Noche de tahúres* es

muchas cosas asombrosas, pero sobre todo es un catálogo formidable del habla del hampa en torno al mundo del juego; un registro riguroso enraizado en los clásicos picarescos del Siglo de Oro que se prolonga casi hasta ahora mismo: un deslumbrante despliegue de algunas de las muchas audacias que un idioma como el castellano, o español, hace posibles. Por eso esta novela de Raúl del Pozo figura hoy entre las fuentes documentales que la Real Academia Española atesora para trabajar en el ámbito de la jerga del mundo del juego. Veinticinco años después de su aparición, eso la convierte en un clásico. De ahí la oportunidad de su reedición, y del honor que para mí supone prologarla.

ARTURO PÉREZ-REVERTE

*De la Real Academia Española*

## ***La versión española de El jugador***

Era el año 2006 y la Sociedad Española de Patología Dual, que se ocupa de la perspectiva científica de las conductas adictivas y otros trastornos mentales, celebraba su congreso anual en el Colegio Oficial de Médicos de Madrid. La principal actividad en el programa fue un foro de debate en el que interveníamos los firmantes, el profesor Jerónimo Saiz, el Dr. Nestor Szermany también Raúl del Pozo. El título, «Juego patológico, vicio o un trastorno mental».

¿Porque estos ponentes? El profesor Jerónimo Saiz estaba claro: catedrático de Psiquiatría, jefe del Servicio del Hospital Ramón y Cajal en Madrid, y sobre todo un experto en el *juego patológico*. De hecho, ha acuñado de forma fortuita el término *ludopatía*, que no estamos seguros sea acertado, pero ha tenido el éxito de quedarse para definir en español a los que sufren adicción al juego. El Dr. Nestor Szerman presidia el Congreso, psiquiatra jefe de los Servicios de Salud Mental Retiro del Hospital Gregorio Marañón de Madrid y reconocido experto internacional en adicciones.

Hasta ahí todo estaba claro. Pero ¿por qué Raúl del Pozo?

Por ser autor de esta novela sobre jugadores, que en nuestra opinión era y sigue siendo la mejor novela, después de *El jugador* de Dostoievski para retratar ese mundo. Raúl del Pozo, como el literato ruso, también era un «burlanga» que sufría de este trastorno por juego, lo que le llevaba a conocer este mundo desde lo más íntimo de su ser. Raúl sa-

be que los jugadores «comen de lado y atacan de frente», que «no solo juegan dinero, sino ese objeto mítico, la suerte o la racha». No era una novela más, era un relato que conectaba con las emociones y sentimientos reales de un jugador y sus vivencias. «Un turbador descenso a los infiernos del juego» entre «burlangas» garitos y «gafes». Si alguien ha visto a un jugador en acción, habrá podido comprobar que hasta el tamaño de sus pupilas se modifican, y ya no atiende a nada que no sea el juego. Así hasta el final.

El *trastorno por juego*, denominación actual en las clasificaciones de trastornos mentales, es una adicción sin droga, y como las otras, que nadie elige por su propia voluntad. No surge de la exposición continuada a ambientes de juego, no es vicio, sino que depende de una vulnerabilidad previa, marcada por factores genéticos, neurobiológicos y medioambientales, que se acompaña siempre, según su gravedad, de otros trastornos mentales; que genera un enorme sufrimiento en los que lo padecen y les lleva a la ruina, no solo económica, en muchos casos. Un jugador es en general un perdedor. Y elige jugar incluso sobre funciones vitales como el comer. Raúl del Pozo es un superviviente de esta y otras mil batallas.

Esta actividad científico-literaria encantó a los psiquiatras y psicólogos asistentes, generó un intenso y excitante debate que hubo que interrumpir por falta de tiempo.

Al finalizar, Raúl del Pozo se dirigió a nosotros y nos dijo: «Ha salido genial. Qué os parece si organizamos los tres una gira por toda España con este tema y nos forramos. Es una apuesta segura».

JERÓNIMO SAIZ RUÍZ  
NÉSTOR SZERMAN

## PRIMERA PARTE

## VÍBORAS DEL GABÓN

Teníamos la obligación de saber quién y por qué había rajado la garganta de un hombre. Lo encontraron de bruces en la verja de su chalet, con las manos en la alambrada, como un soldado que quisiera huir.

Era mi primer trabajo en homicidios y no me explicaba por qué me habían elegido. Un compañero me lo aclaró. Yo era un periquito. En el argot de los rufianes y de la madera, un periquito es un policía inexperto. Me molestó que hubiera sido mi compañero de investigación el que hubiera reclamado a un novato.

El Viejo me miró con ese aire despectivo, desde sus ojos inexpresivos. Todos mis compañeros me dijeron que el Viejo, aunque avinagrado y de mirada alelada, era un buen policía, a punto de jubilarse. Me resultó muy desagradable, con sus orejas transparentes y su cara encarnada de bebedor. A las pocas horas de trabajar junto a él me pareció sospechoso. No quiero decir que el Viejo policía tuviera algo que ver con el asesinato. Pero enseguida me acordé del momento en que nos encargaron el caso y pensé que aquel hombre no quería investigar por alguna razón.

Al principio se negó. El jefe, un gordo de ojos pequeños que escribía en un ordenador mientras hablaba por teléfono, le dijo:

—No seas cautivo de tu memoria. Otra cosa sería cobardía. Él se negó. Amenazó con dejar la Policía.

—Me faltan unos meses para jubilarme. Ya estoy en otra cosa, esto no es para mí.

Pero el jefe cogió la gabardina y el paraguas y le invitó a tomar una copa al bar de enfrente. A mí no me llevaron. Cuando volvieron, el Viejo se dirigió a mí:

—Te invito a que me acompañes a ver un bonito moro muerto.

Cuando lo dejé, aquel día en que le conocí, no pude dormir. Nos despedimos en el VIPS donde tomé una coca-cola para el mal cuerpo. Veía a las parejas comer hamburguesas y sentía arcadas. Él sonreía al verme en tal estado y sentí repugnancia. Me parecía también un muerto. El pelo de rata, los ojos acuosos. Entonces habló casi por vez primera:

—No sé de qué se extraña. En la ciudad no se ven los degollados, pero sobrevivimos porque cada día se celebra una matanza de pollos, vacas y algunos hombres. Lo que pasa es que nos esconden los detalles de la carnicería. Para nosotros la muerte no es más que un coche negro, cuadrado, con corona de flores entre el tráfico, pero sobrevivimos entre cadáveres.

Por lo menos el cadáver que habíamos visto en el frigorífico aún tenía dientes y uno de oro, pero el compañero al que yo debía seguir le faltaban muelas y las que le quedaban debían de estar picadas.

Desde el principio me intrigó tanto el Viejo, como ver en el depósito de cadáveres a aquel muerto con las babuchas de punta.

—Todos los muertos —me explicó— tienen los zapatos de punta. Y este, babuchas.

Ante el cadáver hizo bromas. Le miró los dientes como si fuera un caballo. Yo no acertaba a comprender por qué habían pensado en nosotros. Un compañero que conocía de las aduanas intentó aclarármelo:

—Porque el crimen se ha cometido en el mundo del juego.

—Yo no sé nada de juego.

—Tú vas de chófer.